

éxito mas brillante coronó sus esfuerzos, porque la junta sentenció en favor de la parte que representaba, sentencia que Carlos V confirmó en 15 de octubre de aquel año, colmando de honores y distinciones á Hernan Cortés y sus soldados.

Francisco de Montejo dió entónces la vuelta á México, y sus compañeros de armas, de los cuales habia estado separado tres años, le recibieron con alborozo. Publicáronse los despachos que traia, y tan satisfechos quedaron todos del éxito de sus gestiones, que no tardaron en enviarle por segunda vez á la corte, con motivo de nuevas dificultades que acababan de surgir en la colonia. Todos los Ayuntamientos establecidos ya en aquella época en las diversas poblaciones fundadas por los conquistadores, confirieron en aquella ocasion su poder á Montejo, y con tan honrosas pruebas de confianza se presentó por segunda vez á Carlos V hácia el año de 1524 (17).

En este segundo viaje, el procurador de la Nueva España se ocupó mucho de sus asuntos particulares, que casi habia olvidado en el anterior. Entónces solo habia conseguido la tenencia de una fuerza de Veracruz y un regimiento de la misma villa. Ahora se le confirieron nuevos honores, entre los cuales no debe olvidarse el de haber sido ennoblecido, mas de lo que lo era por nacimiento. Bernal Diaz hablando de su vuelta á México, dice que *trujo Don y Señoría*, y Cogolludo se complace en dar una descripcion detallada del escudo de armas que se le concedió (18). Pero la merced mas importante que entónces obtuvo Montejo de la corte, fué la de conquistar y poblar la península de Yucatan, bajo bases de mucha honra y provecho para sí y sus herederos.

(17) Cogolludo, obra citada, libro I, capítulo XII.

(18) Obra citada, libro I, capítulo XVI. "Que fuese un escudo, y que en el medio de la parte de arriba, á la mano derecha, hubiese una isleta cercada de mar y encima un leon dorado en campo rosado, con unos granos de oro en señal de la isla de Sacrificios, adonde salió cuando llegó á ella la armada de Juan de Grijalva. En la otra mitad del escudo, á la mano izquierda, á la parte de abajo

En los momentos en que firmada ya la capitulacion, se disponia á emprender su viaje para el Nuevo Mundo, se encontró en España con uno de sus antiguos camaradas, á quien quiso asociar á su empresa, y del cual hemos ofrecido hablar á nuestros lectores.

Alonso de Avila era dos años menor que Montejo, con quien tenia muchos puntos de semejanza. Era como éste, de rostro alegre, de conversacion animada, franco con sus camaradas y amigo de regocijes. Poseia tambien esa complexion robusta, con que los conquistadores de América pudieron desafiar todo género de privaciones y dificultades. Tenia un valor que rayaba en temerario, y solo habia en este conjunto un lunar, que deslucía en parte tan brillantes cualidades. Era discolo, pocas veces estaba de acuerdo con las opiniones de los demas y censuraba á menudo las órdenes de sus superiores. Gustaba poco de obedecer y mucho de mandar, tenia un orgullo que lastimaba á sus compañeros de armas y aun le tildaban de envidioso (19).

Ignoramos el lugar de su nacimiento y la época en que pasó al Nuevo Mundo. Sábese únicamente que en 1518 se encontraba ya en Cuba, donde poseía una encomienda. Esta circunstancia le hacia pasar por rico en la isla, y contribuyó á los gastos que se erogaron en los viajes de Juan de Grijalva y Hernan Cortés. En ambas espediciones tuvo el mando de una de las naves, y en la última se le confió el delicado encargo de contador.

siete panes de oro redondos en campo azul, en memoria del oro que le dieron los indios cuando en el mismo descubrimiento fué por capitan.... En la otra mitad de la parte superior del escudo, á la mano izquierda, un castillo dorado puesto en la Tierra Firme, á la costa de la mar, con tres banderas coloradas sobre el castillo, en señal de la fuerza de los indios y bandera que tenian. En la otra mitad inferior de la mano derecha, cinco banderas azules en campo dorado en señal de las banderas que le dieron los indios, y que este escudo tuviese por orla las trece estrellas doradas, que eran sus armas antiguas, y que le coronase un yelmo abierto con su timbre."

(19) Bernal Diaz, obra citada, capítulo CCVI.

Las funciones anexas á su oficio no le impidieron batirse como soldado en la árdua empresa de conquistar el imperio de Moctezuma; y sus servicios fueron de tal importancia y magnitud, que seria necesario escribir la historia de aquella memorable campaña, para hacer la biografía completa de nuestro héroe. Hernan Cortés que conocia su valor indomable, le confiaba siempre las misiones mas peligrosas, y fué uno de los capitanes que llevó consigo, cuando tuvo la audacia de prender al emperador de México en su mismo palacio.

Hay en esta espedicion, un rasgo concerniente á Alonso de Avila, cuya relacion no debemos omitir, porque pinta admirablemente su carácter. Cuando Hernan Cortés, con una habilidad superior á todo elogio, hubo derrotado á Pánfilo Narvaez, que con fuerzas superiores habia ido á prenderle en el teatro mismo de sus hazañas, comenzó á repartir entre los vencidos, con el deseo de atraérselos, varias de las riquezas adquiridas en la espedicion. Mandó además que se les devolviesen los caballos, armas y otras prendas que habian perdido en el combate, y con este motivo comenzaron á murmurar muchos de sus antiguos amigos, que nunca se creían bastantemente recompensados de sus servicios. Alonso de Avila figuraba, como siempre, en el número de los descontentos; pero mas audaz que sus compañeros de aventura, llamó aparte al general, y sin dejar de lisonjearle, porque le comparó á Alejandro Magno hasta en su ingratitude (20), le reprobó con áspera franqueza su conducta. Díjole que sus soldados, que habian participado con él de todos los peligros de la expedicion, acababan de librarle de un gran peligro, ayudándole á vencer á Narvaez; y que no era justo que se les despojase de las riquezas habidas en una tierra tantas veces regada con su sangre, para repartirlas entre unos advenedizos, que pocos dias antes habian desembarcado en el

(20) El mismo, capítulo CXXIV.

país con el ánimo de prenderle. Hernan Cortés respondió que sus amigos eran pocos y los de Narvaez muchos; que aunque vencidos eran todavía muy poderosos, y que necesitaba halagarlos con dádivas para atraerlos á sus filas y poder un dia domar la bravura de los aztecas. Alonso de Avila no quedó satisfecho con esta esplicacion, y tales fueron sin duda las palabras que mediaron en esta conferencia, que el general acabó por decir que si álguien estaba descontento de su servicio, podia retirarse del campamento.—Las mujeres de Castilla, añadió, han dado por fortuna, y darán todavía á su patria, soldados que me ayuden en mi empresa.—Bien merecemos que nos trateis de esa manera—replicó con sarcástica altanería Alonso de Avila, y volvió las espaldas á su jefe.

Estas escenas eran muy frecuentes en la espedicion, aunque pocas veces se reproducian con tanta franqueza como la anterior. Todas, sin embargo, terminaban de una manera uniforme. Hernan Cortés llamaba secretamente al quejoso, le ponía un puñado de oro en la mano y le hacia grandes ofertas para el porvenir. Alonso de Avila no era ménos sensible que sus camaradas á este género de demostraciones, y el hábil vencedor de Narvaez tardó muy pocos dias en disipar su enojo. No olvidó, á pesar de esto, la aventura, y aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para alejar del campamento al turbulento capitán.

Después de aquella memorable jornada, conocida en la historia con el nombre de la *Noche triste*, en que los españoles se vieron obligados á evacuar la ciudad de México, Hernan Cortés, privado de los auxilios de la madre patria, porque Montejo luchaba todavía en la corte contra la malevolencia de Fonseca, resolvió mandar una nueva embajada á la isla de Santo Domingo, cuyo gobierno estaba encomendado á unos frailes de la órden de S. Gerónimo y en donde residía la primera Audiencia que hubo en el Nuevo Mundo. Alonso de Avila fué el escogido

para desempeñar esta mision, y probablemente se tenia tan poca fé en su habilidad para esta clase de negocios, que le dieron por compañero á Francisco Alvarez Chico, hidalgo que poseia en alto grado aquella cualidad. No parece que la embajada fuese de las mas honrosas, porque uno de los puntos que los comisionados debian gestionar, era la facultad de hacer indios esclavos y *herrarlos*, facultad que los benditos frailes Gerónimos no tuvieron embarazo en conceder, con la única limitacion de sujetarla á la aprobacion de la corte.

Mas de un año estuvo Alonso de Avila separado del campamento, y cuando efectuó su vuelta, encontró á sus antiguos camaradas régiamente instalados en las tierras que habian alcanzado en el repartimiento. Nuestro aventurero se llenó de envidia y de cólera, y arguyó que habiéndose batido, como él que más, en el primer año de la expedicion, tenia un *derecho* incontestable á los despojos del vencido. Hernan Cortés no supo que responder á esta argumentacion y le hizo encomendero de *Cuantitlan*, bella poblacion situada en una comarca pintoresca á pocas leguas de México.

Alonso de Avila se hubiera quedado tal vez en su encomienda á descansar de sus fatigas, si su receloso jefe no hubiese encontrado otra oportunidad para alejarle. Hernan Cortés habia triunfado de los aztecas, pero no de sus compatriotas. Llovian acusaciones contra él en la corte; y como estaba acostumbrado á ganar sus pleitos con oro, preparó un rico presente, capaz de ablandar á su ambicioso soberano. Compúsose éste de ochenta y ocho mil castellanos en barras de oro, de la recámara de Moctezuma y de muchas joyas, entre las cuales habia perlas, grandes como avellanas, segun Bernal Diaz. Alonso de Avila y Antonio de Quiñones fueron los designados para poner estas fabulosas riquezas á los piés de Carlos V, con unas cartas en que los conquistadores encarecían sus servicios y pedian exageradas recompensas.

Confíáronse á los comisionados dos navíos, los cuales zarparon del puerto de Veracruz el 20 de diciembre de 1522 (21). Ningun incidente notable ocurrió á los viajeros hasta la isla Tercera, una de las Azores, en que Antonio de Quiñones, que amaba mucho los placeres sensuales, recibió de un rival celoso una cuchillada en la cabeza, de que á pocos días murió. Alonso de Avila sepultó á su infortunado compañero y volvió á embarcarse. Pero estaba escrito que aquel viaje debia tener un fin desastroso. A pocas millas de las costas españolas, y cuando ya tal vez el comisionado empezaba á felicitarse del éxito de su embajada, sus naves se vieron repentinamente acometidas por el célebre Juan Florin, corsario francés. Alonso de Avila se defendió con desesperacion; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles ante la superioridad numérica de su enemigo. La flota cayó en poder del corsario, y los tesoros aztecas y su conductor, fueron llevados á Paris.

Francisco I reinaba entónces en Francia; y aunque habia oido ya hablar de las riquezas del Nuevo Mundo, se quedó deslumbrado ante las joyas y barras de oro, que acababa de usurpar á su rival Carlos V. Entónces fué cuando prorumpió en aquella célebre frase, repetida por muchos historiadores.—Quisiera conocer, dijo, la cláusula del testamento de nuestro padre Adan, en que hubiese repartido la mitad del mundo entre los reyes de España y Portugal.—Alonso de Avila, que de seguro no pudo responder categóricamente á esta pregunta, fué encerrado en una fortaleza, con la esperanza tal vez de que el conductor de tan ricos tesoros, podria pagar un fuerte rescate (22). Juan Florin, despues de recibir las felicitaciones de su soberano, volvió á embarcarse y continuó sus hazañas. Pero muy pocas volvió á inscribir en su hoja de servicios, porque algun

(21) El mismo, capítulo CLIX.

(22) El mismo, ubi supra.

tiempo despues, fué apresado por una flota vizcaina que le perseguia y terminó en una horca su borrascosa carrera.

Alonso de Avila consiguió ablandar al gobernador de la fortaleza en que sufría su cautiverio, y por medio de éste hizo llegar á manos de Carlos V las cartas que habia traído de México y una relacion de los tesoros apresados. Parece que entónces se entablaron algunas negociaciones para conseguir la libertad del cautivo; pero éstas debieron ser tan lentas y de tan poca eficacia, que Alonso de Avila no pudo volver á España, sino hasta fines de 1526 ó principios de 1527.

Fué entónces cuando se encontró con Francisco de Montejo, quien le invitó á tomar parte en su empresa; y el incansable aventurero, deseoso sin duda de recobrar el tiempo perdido en las prisiones de Francia, aceptó sin vacilar sus proposiciones.



CAPITULO VII.

1526-1529

Capitulacion que Francisco de Montejo celebra con Carlos V para conquistar y colonizar la península.

—Puntos que comprendía—Elementos de la primera expedicion.—Desembarca en Yucatan.—Esfuerzos inútiles del Adelantado para atraerse á los mayas.—Batalla de Aké.—Residencia en Chichen Itzá.—Penalidades de la colonia.—Nuevo combate con los naturales.—Los invasores se ven al fin obligados á huir, valiéndose de un estratagema.—Buscan refugio en Campeche.

Desde su primer viaje á la corte en su calidad de procurador de la Nueva España, habia comenzado D. Francisco de Montejo á gestionar la licencia para conquistar y colonizar la península. Gerónimo de Aguilar le habia hablado mucho de la fertilidad de la tierra, de los grandes edificios que habia visto en ella y de la cultura relativa de sus habitantes. Es verdad que no habia podido dar una noticia categórica sobre las minas de oro y plata, objeto casi exclusivo de los conquistadores; pero se disculpaba su ignorancia en este punto con la esclavitud á que estuvo siempre condenado; y las alhajas de ínfima clase que habia visto en los adoratorios y entre los adornos de algunas